

la deformación del verdadero carácter de nuestra tierra¹¹. Expuesta a la radiografía de una inteligencia de lucidez dolorosa y de una sensibilidad tremente la personalidad de Andalucía reveló sus verdaderos perfiles. Así vio Juan Ramón a su Andalucía y así vio a algunos de sus hombres más preclaros. En el mejor libro de memorias del siglo XX español *Retratos de españoles de tres mundos*.

Junto a la Andalucía partera y expendedora de civilizaciones, cabe esta visión de amplio perímetro cultural, la mirada de Juan Ramón Jiménez se volvió quizás más amorosamente hacia otra *Andalucía* más íntima y casera, más doméstica y entrañable. La Andalucía del jardinero sevillano, la del piconero moguerense, la del regante granadino, y la del mecánico malagueño es la Andalucía compartida por más almas desde su salida al escenario histórico hasta hace escasos años¹². Una Andalucía que por los extraños caminos del instinto encuentra en la obra bien hecha la satisfacción de un absorbente sentido estético y la recompensa a un trabajo gustoso, paladeado en las reconditeces del espíritu¹³. ¿Atisbó a través de esta ética estetizante, comprometida y alejada del narcisismo y la egolatría la buida mente de Juan Ramón Jiménez una posible solución para un mundo cada vez más cosificado y robotizado? ¿Creyó el autor de *Animal de fondo* que Andalucía podía transmitir un mensaje liberador a una humanidad cada vez más presa de sus propias creaciones? No es improbable. Seguramente en la todavía vastamente inédita obra del poeta podemos encontrar un rico tesoro de pensamientos confortantes y esclarecedores. Si es así, su Andalucía póstuma seguirá siendo un faro en la aventura de los hombres. Más intimista y personal que la bosquejada es la Andalucía que a través de los caminos de la lengua recordará el poeta de Moguer, es su estado de los últimos veinte años de su vida en tierras americanas. El español —Juan Ramón, significativamente nunca utilizará el adjetivo castellano—, el español oído, decíamos, en el Caribe y en Argentina le traerá los ecos del habla maternal, considerada como la absoluta perfección lingüística. Andalucía sí es aquí la indiscutible raíz y madre de la civilización de un continente y de una civilización que halla en su lengua

¹¹ «Federico García Lorca es poeta para todos, por emanación, en su teatro, porque en su teatro, y ése es su acierto, tiene «eso» que llega a todos sin necesidad de ser discernido, una emoción confusa, un movimiento, repito, que palpita y hace palpar. En su *Romancero Gitano* no es poeta para el pueblo, tipo corriente, porque su Andalucía es una Andalucía de pandereta, con la gran diferencia sobre los extranjeros de esa Andalucía de que es profunda y plástica, de color y de acento. Pero la Andalucía de pandereta siempre ha sido para burgueses o para extranjeros y el pueblo andaluz siempre se ha reído de ella. Gran parte de la difusión extranjera de Lorca está en el toreo, el gitano y el cante jondo... Tan de pandereta es la Andalucía de Theophile Gautier como la de Salvador Rueda o la de Federico García Lorca, aunque con distinta calidad y conocimiento» *Ibid.*, 277-300.

¹² «En esta comprensión, este amor por el coche, por la burra, por el agua, por la hortensia, del mecánico de Málaga, el jardinero de Sevilla, tenían ellos el ejemplo poético, la ganancia poética de su vida. Estoy seguro que todos comían y dormían alegres, que todos esperaban contentos el trabajo de su día siguiente. Subida su remuneración necesaria a lo que merecían de veras, ¿qué no hubieran hecho estos trabajadores gustosos en la vida, en su vida y nuestra vida? Este es el secreto. Todos debemos ganar lo que merezcamos con la calidad de nuestro trabajo» JIMENEZ, J.R., *El trabajo gustoso* (conferencias). Madrid, 1961, 28-9. Reproducido en *Guerra en España...* 112-3, el editor de la última obra desconoce la existencia de la precedente.

¹³ Particularmente conmovedor resulta su elogio y nostalgia de Granada —«La Galicia de Andalucía»—, a cuyo embrujo después de larga batalla contra su imagen de cartón piedra, cae rendido, *Ibid.*, 156-7.

el máximo signo de identidad¹⁴. En un poema de sus calidades no resulta extraño que provoque —en catarata, como siempre, dada la asombrosa potencia de su vena creadora— las más lúcidas reflexiones sobre la esencia y condición de lo hispánico, nunca más afirmado personalmente que en su contacto con la cultura anglosajona, de la que, sin expresarlo tan abiertamente como Rubén Darío, temía también su hegemonía limadora y aplastante¹⁵. Se comprende que el tirón de la Andalucía de su infancia onubense y gaditana fuera entonces más fuerte que nunca. Y más patética la invocación a sus coterreños para que éstos no olvidaran nunca la universalidad, nota predominante de su carácter y personalidad como pueblo. Lección más actual no puede darse.

En el Buenos Aires de comienzos de los años 40, atravesado de vanguardias artísticas e incluso de innovaciones políticas —como hasta cierto punto lo fuera el peronismo de la primera hora—, nombres ilustres de nuestra región la rememoraron con nostalgia incontenible. Al mismo tiempo que el abulense D. Claudio, el cordobés Alcalá Zamora, el granadino Francisco Ayala o los gaditanos Rafael Alberti y, desde su refugio de Alta Gracia, D. Manuel de Falla, trasladaban a las cuartillas su inembridable dolor. El final de la primera parte de *La arboleda perdida* se escribió, como es de sobra sabido, en estas circunstancias y en tales fechas. En sus páginas la visión de Andalucía es dolorosa y punzante. Desde la borda de un viejo navío el poeta se despide de las costas de una tierra no que había de volver a contemplar hasta veinte años más tarde. Por el contrario los ecos y remembranzas de su tierra pueblan con algarabía amplios trechos de la segunda parte de sus Memorias, redactadas ya en el comedio y final de la siguiente década. Rute —por dos veces—, Málaga, Sevilla —también por dos veces—, Almería, Rota y Cádiz se añadirán al escenario del pueblo natal del poeta, protagonista absorbente, exclusivo y monopolizador de la imagen andaluza pintada en la primera parte de *La arboleda*¹⁶. La Andalucía, sobre todo la occidental, de la tercera década de este siglo a todo trapo por el mal calmoso y rutilante de los felices veinte. Numerosos indicadores socioeconómicos testimonian que no era así; pero desde el periscopio de tan frutivos libros de memorias como los de Brenan, Hidalgo de Cisneros, Constanza de la Mora y este mismo de Alberti que aquí glosamos, se describe un cuadro risueño y colorista, hecho para satisfacer los gustos y preferencias de una élite tan cultivada como alejada, en verdad, de la realidad de su sociedad. La sabiduría inabarcable acaudalada a través de los siglos por esos pueblos de la subbética que insuperablemente describió la pluma aristocrática y, esta sí, estetizante de D. Juan Valera; el atardecer de gloria de la velada sevillana en honor del bilioso y excelso D. Luis de Góngora y Argote; las charlas espiritistas y poéticas con el inagotable y sorprendente Villalón; el conocimiento de García Lorca e Ignacio Sánchez Mejías; la musa al servicio de la política en el Cádiz de la agonía del alfonsismo; el contacto con la Andalucía mediterránea en una Málaga

¹⁴ «Y si analizo esto y revivo aquello, decido que la única persona que habla español, era mi madre, tan natural, tan directa, y tan sencilla, cuya voz sigo oyendo debajo de la mía. Y sufro más que nunca que ella esté lejos de mí, tan callado y tan oculto su español de hoy bajo nuestra tierra andaluza. Osuna, Cádiz, Moguer». ID, *La corriente...*, 294. Reproducido en *Guerra en España...* 59.

¹⁵ «Pero mi idea instintiva de entonces y consciente luego, era la exaltación de Andalucía a lo universal, en prosa, y en verso, a lo universal abstracto; y como creo que es verdad que el hábito hace al monje, yo me puso por nombre «el andaluz universal» a ver si podía llenar de contenido mi continente» Ibid., 229.

¹⁶ CUENCA TORIBIO, J.M., *Andalucía, historia de un pueblo* (... a. C.-1984) Madrid, 1984, 2.^a